



**Hablamos con el Señor**  
**sábado, 9 marzo de 2019**

---

**SALMO 50**

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,  
por tu inmensa compasión borra mi  
culpa;  
lava del todo mi delito,  
limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,  
tengo siempre presente mi pecado:  
contra ti, contra ti sólo pequé,  
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,  
en el juicio resultarás inocente.  
Mira, en la culpa nací,  
pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero,  
y en mi interior me inculcas sabiduría.  
Rocíame con el hisopo:  
quedaré limpio;  
lávame: quedaré más blanco que la  
nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría,  
que se alegren los huesos quebranta-  
dos.  
Aparta de mi pecado tu vista,  
borra en mí toda culpa.  
Oh Dios, crea en mí un corazón puro,  
renuévame por dentro con espíritu  
firme;

no me arrojes lejos de tu rostro,  
no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación,  
afiánzame con espíritu generoso:  
enseñaré a los malvados tus caminos,  
los pecadores volverán a ti.

Líbrame de la sangre, oh Dios,  
Dios, Salvador mío,  
y cantará mi lengua tu justicia.

Señor, me abrirás los labios,  
y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen:  
si te ofreciera un holocausto, no lo  
querrías.  
Mi sacrificio es un espíritu quebranta-  
do;  
un corazón quebrantado y humillado,  
tú no lo desprecias.

Señor, por tu bondad, favorece a Sión,  
reconstruye las murallas de Jerusalén:  
entonces aceptarás los sacrificios ri-  
tuales,  
ofrendas y holocaustos,  
sobre tu altar se inmolarán novillos.

## Lectura meditada

El salmo 50 es el salmo cuaresmal por excelencia. Merece la pena que nos detengamos en él para captar el sentido de sus palabras y la presencia de Dios que transmite. Se le sitúa entre los salmos de súplica individual y data del final de siglo VI a C. Habría sido compuesto para una liturgia penitencial presidida por el rey. Pero es obvio que ha servido de sustento a la oración de innumerables personas lo suficientemente religiosas para reconocerse en él.

Desde el primer versículo es notable la orientación de esta oración.

Lejos de querer declarar inocente a quien ha compuesto este salmo,, la súplica se dirige de entrada a Dios para pedir su misericordia, su amor. La salvación del pecador está por completo en las manos de ese Dios que el amor define radicalmente. Por supuesto, no se ignora que Dios es justo, que quiere la verdad y la sabiduría en el corazón del hombre, pero precisamente esta «justicia» de Dios se manifestará, ante todo, en el perdón concedido al pecador. Se podría decir que se trata nada menos que de su honor, ya que el pecador perdonado se convertirá en testigo de Dios: podrá mostrar a los pecadores el camino de la verdad, y «hacia Dios volverán los extraviados». El reconocimiento del pecado tiene, pues, también una dimensión profética. Forma parte de la «confesión» de las obras de Dios.

Al reconocer cómo somos y al reconocer el futuro nuevo que Dios nos abre, nosotros pecadores somos testigos, por nuestro vivir, de Dios que nos renueva.

Con todo hay personas que piensan que no han de cambiar nada en su vida.

Se ven perfectas y piensan que son los otros los que han de cambiar .

Además, el salmista reconoce su falta sin rodeos. No teme contemplar ese pecado que siempre «está ante él». ¿Culpabilidad exagerada? No, ya que el sentido profundo del pecado sólo existe para poder captar mejor la dimensión del perdón divino. El hombre ha pecado «contra Dios» y sólo contra él... Sin duda, conoce las repercusiones sociales de su falta, pero en el acto litúrgico de la confesión pone el acento sobre Dios, que está en el origen de todas las cosas, tanto del perdón como del sentido último de todo pecado. ¡No se puede expresar mejor hasta qué punto está de acuerdo Dios con la vida humana y su condición existencial!

Dios me ha llamado a la existencia y me piensa amorosamente de un modo.

Entonces mi pecado rompe el proyecto de Dios sobre mí

Así el pecado es radicalmente contra Dios.

La conciencia del salmista es tan viva que se reconoce «nacido en la culpa», «pecador desde el vientre de su madre».

Quien reza así se sitúa aquí al nivel existencial: tiene conciencia de pertenecer a una humanidad pecadora, a un pueblo pecador en el que ninguna existencia podría escapar al peso de la miseria moral. Lo veremos mejor cuando apele al Dios creador para que le salve de su culpa. La conciencia de pecado supera absolutamente la dosificación aparentemente justa que un juez podría hacer de las responsabilidades y las circunstancias atenuantes.

El cristiano llegará a percibir  
que uno mismo interviene en la pasión de Cristo  
pues ya sea por acción directa,  
ya sea por dejadez apática o por impotencia moral  
“matamos al justo”.

Cuando el salmista suplica a Dios que le lave, lanza una llamada a la vida y a la renovación. Consiguientemente, puede imaginar el perdón como “resurrección”. Si Dios recrea el corazón del hombre borrando su pecado, hay que ver en el perdón una reanudación de toda la obra creadora. Los tiempos nuevos, manifestados por el don del Espíritu, son tiempos de resurrección y fiesta. La «confesión» es un acto en el que se manifiesta el Dios de la vida.

El perdón de Dios es “nueva creación” en cada uno.  
El perdón de Dios es renovación y no simplemente  
una sentencia de un juez .

Ante esto, ¿qué puede hacer el hombre sino maravillarse y dar gracias?  
¡Proclamar la justicia de Dios! ¿Lo hará con sacrificios al modo antiguo? .

El salmo previene contra los cultos hipócritas en los que el corazón del hombre no queda totalmente comprometido. El hombre debe saber que el perdón de Dios no se compra ya que supera toda medida humana.

La única ofrenda que agrada a Dios es un espíritu convertido, roto y triturado; es decir, consciente de lo que es, sin pretensión de hacerse valer ante el Creador.

¡Gracias, Dios mío, por el regalo de tu perdón,  
que me hace una persona nueva!

## **Suplica desde el Salmo 50**

Señor, no intento disimular mi pecado ante ti, pues sé que eres ternura y piedad...

Pues yo reconozco mi culpa,  
tengo siempre presente mi pecado:  
contra ti, contra ti sólo pequé,  
cometí la maldad que aborreces

No temo reconocer mi pecado porque sé que Tú me purificas.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,  
renuévame por dentro con espíritu firme;  
no me arrojes lejos de tu rostro,  
no me quites tu santo espíritu.

Reconozco el abismo de la maldad humana que ha provocado tantas muertes .

Reconozco el abismo de nuestra tibieza que ha dejado a tantas personas desamparadas.

Líbrame de la sangre, oh Dios,  
Dios, Salvador mío,  
y cantará mi lengua tu justicia.

Y sé que Tú quieres darnos un corazón limpio, quieres darnos tu santo Espíritu.

Tu Espíritu en mi me hará una persona “nueva” y me hará experimentar para mi bien y el bien de otros, la alegría de la salvación.

Devuélveme la alegría de tu salvación,  
afiánzame con espíritu generoso:  
enseñaré a los malvados tus caminos,  
los pecadores volverán a ti.